



prevalecía el engaño, la falsedad, la hipocresía. Yo no lo toleraba.

"Mi vida se fue haciendo complicada porque no pertenecía a ninguna parte, ni a la burguesía ni a la clase popular. Una situación nada fácil. En la Escuela de Antropología, por ejemplo, era muy rechazada. Para todos era 'la niña Braniff', qué cursi, y como además me interesaba realmente la carrera y me entregaba con al trabajo, obtenía buenas calificaciones, ante la rabia de todos. ¿Cómo esta burguesa advenediza nos aventaja?, y velada o abiertamente me demostraban su hostilidad. Pero fuimos avanzando, y sin proponérmelo les demostré que era más comunista que los comunistas, porque muchos de los que pregonaban sin cesar sus ideas y hasta soñaban con irse a Cuba, en su casa eran más que burgueses, apachurraban a la mujer, de los hijos no se ocupaban para nada, la típica historia. Yo era responsable, liberal y así me he mantenido, en mis decisiones y en mis actos, no sólo en mis palabras. Mi historia no tiene nada de ciencia, sino de amor y de afición."



En el aspecto académico Beatriz Braniff se distinguió por su brillante y aguda inteligencia, tan es así que el maestro Pedro Armillas, catedrático de la Escuela de Antropología, le sugirió para tesis de licenciatura un asunto complejo y difícil, que hasta entonces nadie en México había abordado con profundidad: la frontera norte de Mesoamérica. Entonces comenzó una relación con el norte. Relación que habría de ahondarse y enriquecerse a lo largo de casi cuarenta años.

*¿Qué le atrajo del norte de México?*

Son muchas cosas. Primero me interesó investigar básicamente el movimiento de la frontera mesoamericana. Para mí estaba clarísimo que no había sido una frontera fija, como lo reconocieron los españoles en el siglo XVI, sino que se dieron oscilaciones, es decir hubo varias fronteras, así que me di a la tarea de buscar las pruebas arqueológicas. El campo de trabajo se extendía interminable y apasionante. Comencé con excavaciones en San Luis Potosí, Guanajuato y Zacatecas para determinar cuándo se había dado la ampliación de la frontera y mi hipótesis, así como la de otros investigadores, es que sucedió en el primer milenio de nuestra era. Después de esta fecha hubo una recesión, causada probablemente por sequías y políticas económicas que ubicaron los límites en la zona que encontraron los españoles a su llegada.

Además hay muchos aspectos del norte que me atraen: la aridez de la tierra, el espíritu austero y rudo de su gente, su sobriedad. El lenguaje de la arqueología, modesto y discreto, pero que revela sus secretos a quien se acerca a descubrirlos.

Yo sé que nunca voy a ser famosa. Estamos acostumbrados a que todo lo que brilla es oro y nos deslumbran culturas como la maya, la teotihuacana, notables por su grado de desarrollo, los conocimientos que alcanzaron, el arte que produjeron, no lo niego, pero al mismo tiempo veo que todo tiene una razón de ser.

¿Por qué en el centro y en el sur sí se dieron grandes culturas? Las razones para mí son evidentes y las confirma el trabajo arqueológico. En el norte no hay agua, la lluvia es poca y esto determinó la forma de vida y el desarrollo que alcanzaron esos pueblos. Tenían que luchar por sobrevivir. Mesoamérica florece porque el clima permitía los cultivos de temporal y por ello había comida,



riqueza, una sociedad compleja y mayor progreso. Pero el "progreso" hay que ponerlo entre comillas porque invariablemente acarrea costos, implica beneficios sólo para una minoría y destrucción del hombre del medio ambiente. Estos fenómenos se dieron en las civilizaciones mesoamericanas.

Mesoamérica es una zona más o menos homogénea, donde encontramos en diversos sentidos las mismas características: agricultura, culto a los muertos, en algunas regiones pirámides y juegos de pelota. Cruzando al norte no existe la homogeneidad. En la Gran Chichimeca, como llamaban los antiguos a esta vastísima región, y como me gustaría nombrarla a mí también, se dieron grandes diversidades. Hay chichimecas avanzados como los de La Quemada, en Zacatecas; otros poderosos, los de Paquimé, en Casas Grandes, que se asentaron junto al río y desarrollaron complejos trabajos de irrigación; nómadas como los apaches y los seris, y los grupos que habitaron en regiones de una aridez y adversidad pavorosas, como el Bolsón de Mapimí, ¿qué podían cultivar allí?, nada, y menos con la técnica que conocían.

Por ello la arqueología que encontramos en el norte es distinta según la región de que se trate. En algunas hay restos de construcciones importantes, pero en otras sólo objetos de piedra. La pintura y el grabado rupestre, en cuevas y piedras, se extiende prácticamente por toda la zona. Es un arte libre y espontáneo, porque como no tenían la "academia" encima, crearon su propio lenguaje. Para interpretarlos hay que descubrir sus códigos, no verlos con los ojos con que vemos la pintura mesoamericana.

Para mí es igualmente valioso hacer excavaciones en una gran pirámide que en una zona exclusivamente habitacional. Pero para la mayor parte de la gente es más atractivo lo primero porque como son centros de poder es seguro que aparecerán joyas, objetos elegantes y valiosos, puesto que ahí vive la riqueza. Es como yo digo a mis amigos, déjenme nada más excavar la casa de Hank González y verán qué me encuentro.

Ésa es una manera de hacer arqueología que no me atrae, yo me inclino por la otra, la arqueología que es más difícil, en la que a partir de hallazgos muy discretos busca uno llegar a saber cómo vivía esa gente, qué pensaba, cómo se expresaba. Desde este enfoque me parece muy triste que tantos arqueólogos se dediquen a las grandes

pirámides, porque son sólo la punta del poder y para explicarse una cultura hay que tomar en cuenta todo, no sólo al gran señor.

### Sonora querida

Sonora fue la región que eligió Tita para hacer estudios acuciosos. "En ese tiempo en México prácticamente ni se ocupaban de aquellos lugares tan lejanos. En cambio sí había muchos gringos de la Universidad de Arizona que entraban sin autorización, sin embargo cuando comenzamos a trabajar me facilitaron toda la información necesaria e hicimos un libro que es fundamental en la arqueología del norte del país porque marca las bases para dirigir una investigación: *Sonora, antropología del desierto*, que ya va en su segunda edición.

Todos los años que viví en Sonora, más de diez, fueron de una gran riqueza para mí. Pude convivir con la gente sin ningún problema, crear relaciones maravillosas de amistad y afecto. Muchas veces viajaba yo sola en mi carrito. Era típico que al llegar a algún lugar me preguntaran ¿y su marido la deja venir? Yo les hacía un tango, les decía que estábamos trabajando los dos pero que él había tenido que quedarse. Entonces me protegían y me ayudaban. Casi siempre al iniciar un estudio montaba mi campamento y me instalaba sola en el sitio, pero al poco tiempo me invitaban para que me quedara en el rancho. Así, paso a paso, nos fuimos conociendo los rancheros y yo. Otras veces iba con una amiga. Tampoco teníamos problemas con la gente, porque siendo sólo dos mujeres no rivalizábamos con nadie. Nos cuidaban, nos llevaban de comer, bueno, el apapacho total. ¿Cómo no quererlos? Todavía recuerdo a un ranchero, típico norteño, rudo, severo, que nos decía: '¿Qué están haciendo mis muchachitas?, ¿qué quieren que les traiga de almorzar?' Así era normalmente en todas partes, no puedo menos que sentir un inmenso cariño y gratitud por esas personas."

Para Tita el trabajo arqueológico no se reduce a estudiar, excavar y formular conclusiones. Una parte muy importante es la relación con quienes ahora habitan cerca de los sitios, por eso ella, pese al sinfín de incomodidades y riesgos que esto implicaba, permanecía en el campo hasta quedar satisfecha de sus hallazgos, pero sin aislarse, conviviendo con quienes la rodeaban.



“Uno se debe a la gente y hay que tratarla, conocerla, respetarla y entenderla. Yo verdaderamente no acepto la arqueología de fin de semana, no es posible hacer las cosas medianamente bien si no se permanece en el sitio continuamente y no sólo por la arqueología, sino por la relación con la gente. Ellos tienen que identificarse con uno, saber qué estás haciendo, la importancia que el proyecto tiene, principalmente para ellos como depositarios de las culturas que los antecedieron. Una de mis satisfacciones más grandes es precisamente lo que he ganado con la gente.”

Una vez conjuntada la información que requería, Tita dejó Sonora para redactar su tesis doctoral en la ciudad de México, en la UNAM. La dirigió el Dr. Emil Haury, investigador de la Universidad de Arizona, arqueólogo de primera línea.

“Él y Charles di Peso, quien excavó Paquimé, son en mi opinión dos de los mejores arqueólogos y me tocó la suerte de que apoyaran mis trabajos. Es un regalo de la vida, porque además de sabios e inteligentes, eran personas de una gran calidad humana. Siempre que se me presentaba algún problema estaban dispuestos a ayudarme con libros, documentos, consejos, sugerencias, compartieron conmigo sus conocimientos y su experiencia, sin envidias ni celos, al contrario, con un espíritu fraterno gracias al cual aprendí muchísimo.

“También por eso amo trabajar en el norte. Porque los arqueólogos que me guiaron son gente de primera, como científicos y como seres humanos, y en México —aunque hay excepciones— por lo general la actitud de los intelectualoides es muy desagradable, son intrigosos, soberbios, ven todo con recelo.”

*¿Qué dificultades ha representado para ti el ser pionera en una actividad como la arqueología en el norte del país?*

Ninguna diferente a las que puede presentar cualquier proyecto que se tome en serio, con la diferencia de que allá no me hacían caso; pero es fabuloso que no te hagan caso, porque de esta manera tienes todo para ti y haces lo que consideras con una gran libertad. Mientras que en Mesoamérica hay como veinte arqueólogos metidos en cada sitio y cuando uno hace algo otros diez se le echan encima y desaprueban lo que hizo, “ya metiste la pata, no se excava así, etcétera, etcétera”, qué flojera y qué horror; en cambio al ser pio-

nera yo estaba sola, metiendo algunas patas si tú quieres, pero sola, sin acosos de colegas ni de nadie, en un ambiente que sentía totalmente mío.

Además yo no tengo rivales y eso también es muy cómodo. No necesito competir, ni cuidarme como los que trabajan en zonas muy cotizadas. No, a mí eso no me interesa, vivo feliz siendo dueña de mi trabajo.

*¿Y le daban el dinero que necesitaba?*

No siempre. Tenía en realidad poco dinero, pero no necesitaba mucho porque las excavaciones no eran tan costosas y tuve la suerte de encontrar sitios que siempre me resolvían algún problema.

### **Paquimé. Casas Grandes**

Una de las tareas que mayor satisfacción ha proporcionado a Tita Braniff es la coordinación del proyecto del Museo de las Culturas del Norte en Paquimé, Casas Grandes, Chihuahua, el cual reúne los vestigios más importantes de la arqueología nortea, que incluye el sur de Estados Unidos.

Después de haber trabajado durante tantos años en el norte de México, recibir el encargo de hacer un museo a la altura de esas civilizaciones, fue para Tita la oportunidad idónea para exponer y difundir, a través de la arqueología, diversos y valiosos aspectos de lo que fue la Gran Chichimeca.

“Fue un proyecto fabuloso en el que trabajé realmente feliz, con un equipo magnífico de personas, muy allegadas a mí. Tuve el privilegio de coordinar las partes de un todo, igualmente importantes entre sí: investigación, arquitectura y museografía, principalmente. El museo es un éxito, porque se conjuntaron acertadamente cada una de estas partes. El edificio es moderno y funcional, bello arquitectónicamente, y aunque está en el sitio no rivaliza con él, como sucede en otras zonas arqueológicas.

La museografía, por otra parte, contextualiza las piezas, las presenta atractivas visualmente y crea espacios evocadores. La investigación selecciona las piezas que mejor representan la cultura a la que pertenecen y todo el conjunto, expuesto con una lógica y una temática específicas, dieron como resultado este museo que es motivo de orgullo para la arqueología en nuestro país.

“Yo lo considero a Paquimé un Teotihuacán en el norte, un centro de poder, pero de otra cla-



se, por eso me da un gusto enorme que haya allí un museo de esa magnitud, para que la gente conozca, valore y admire lo que fue esa civilización. Cuando inauguraron el museo, el gobernador del estado, el presidente de la república y muchas otras autoridades se quedaron pasmados de ver las maravillas que hay en Paquimé, y en esa ocasión el presidente dijo que era como una gota de miel en el desierto. Yo voy más allá, en el desierto no hay mieles. Paquimé es un diamante, así me gusta llamarlo, porque así lo siento.”

### Colima

Hace año y medio Tita Braniff vive en Colima. Ha dejado el norte por el occidente. Nuevos proyectos se abren ante esta mujer que no desaprovecha la oportunidad de crecer, aportar, crear; que no quiere perder un día de trabajo porque sabe que son sus últimos años productivos y quiere vivirlos a plenitud.

Esta actitud entusiasta y decidida se percibe en su lenguaje, en su postura, en sus movimientos y en el brillo de sus ojos azul intenso que proyectan una gran vitalidad.

“Tuve que detener mi trabajo de campo porque me lisié una pierna. Ahora no puedo ir a los sitios si no es en coche; sigo trabajando en arqueología pero en otro sentido, ahora lo que quiero es enseñarle a la gente lo que es la arqueología, el apoyo que puede darnos para conocer nuestra historia.

“Escogí Colima porque me parece un lugar privilegiado, pequeño, limpio, fértil, que ofrece un campo de actividad enorme. Por otra parte aquí tenía yo buenos amigos que he venido a reencontrar y siento un especial cariño por esta tierra.

Colima es un lugar que debe investigarse, estudiarse, donde hay mucho por descubrir y que, desgraciadamente, ha sido saqueado en forma bestial y continúa siéndolo, pero qué podemos hacer si somos sólo unos cuantos tratando de salvar la situación *versus* 200 que están en el D.F. Sigo sin explicarme qué hacen tantos arqueólogos en la ciudad de México, cuando hay sitios como Colima, y otros que urge atender.

“Creo que la clave es conscientizar a la gente de Colima y formar arqueólogos aquí, eso es lo que estamos haciendo. Me siento muy motivada para trabajar en este lugar, ojalá logremos que a

través de la arqueología la gente quiera más su historia, sus raíces y defiendan su patrimonio en vez de destruirlo.”

A lo largo de su plática efusiva, animada, rica en conceptos y vivencias, emotiva por la pasión y autenticidad con que afirma las cosas, Tita Braniff nos ha hablado, con apertura y generosidad, de lo que es y lo que hace. No cabe duda que es alentador conocer a quien, como ella, ha abarcado tantos espectros y ha esculpido su propio interior, sin deformarse, conservando su propia medida.

*En no pocas ocasiones Tita Braniff ha recibido homenajes y distinciones, halagos de quienes la admiran por su arrojo y valentía tanto como por su trabajo serio e inteligente. ¿Qué significa para usted cosechar frutos como éstos, tras una vida dedicada a la arqueología?*

“Los halagos y homenajes hay que saber recibirlos como lo que son, el reconocimiento a una labor. Nada más. ¿A quién no le gusta sentirse halagado? Siempre es motivante que valoren lo que uno hizo, si es que estuvo bien. Pero no hay que creérsela. Lo más importante está en el trabajo, en la gente. Eso es lo que siempre hay que buscar. No crecerse porque eso trae soberbia y desatinos. El que se cree los halagos se acaba.

“Además de la libertad de que hablaba en un principio, la arqueología me ha dado la posibilidad de vivir en campos muy diversos, opuestos tal vez, y en todos me siento bien. Puedo dormir con sábanas de seda en mansiones de lujo y puedo dormir en un petate bajo las estrellas y estoy feliz. Puedo disfrazarme de señora elegante y usar tacones, medias y ropas de lino y puedo también vestirme de mezclilla y no bañarme en un mes, trabajar en la tierra bajo el sol y no me importa. Amo sentir la tierra, excavar, el trabajo de campo, lo rural; pero amo también el proceso intelectual; interpretar el material encontrado, elaborar hipótesis, publicar, disfrutar de la civilización. Eso y el cariño de mis amigos es lo que me hace sentir satisfecha, fuerte y segura, no los halagos.

“La arqueología me ha formado como profesional, como mujer; me ha hecho ser lo que soy y no lo cambio por nada. Si volviera a nacer haría exactamente lo mismo.” Tita concluye con esta afirmación precisa y contundente. Lo hace con la intensidad que la caracteriza, con la convicción y seguridad de quien ha sabido vivir su vocación a plenitud.◆